

# La historia Cultural

## Presentación

Desde los atentados del 11 de septiembre de 2001 en los Estados Unidos, la humanidad vive una creciente inquietud: por diversas razones la intolerancia e incluso la irracionalidad parecen imponerse a la tolerancia y la razón. El concepto de “choque de civilizaciones” ha desplazado al de “guerra fría”, las implicaciones de ese desplazamiento se pueden ver al revisar las noticias internacionales.

Sin embargo, el problema va más allá. Hablar de “choque de civilizaciones” — concepto acuñado por Samuel Huntington en 1993 — conduce a tocar el tema de las diferencias culturales en todos los niveles. Pero establecer diferencias no es una operación exenta de problemas, implica definir un “yo” frente a los “otros”. Los criterios para elaborar esa distinción pueden conllevar intereses y prejuicios. La situación es más complicada cuando quien establece las diferencias está en una posición de superioridad frente a los otros.

No es de extrañar entonces que el Informe Mundial de Desarrollo Humano 2004, se haya centrado sobre el problema de las identidades y las diferencias, proponiendo que la libertad cultural sea un derecho humano básico y se deje de ver las diferencias culturales como fuentes de conflictos. El PNUD plantea que seremos más humanos en la medida en que seamos capaces de superar intolerancias e incluso “disfrutar” de nuestras diferencias.

A tono con esas preocupaciones, este número de la Revista Humanidades, hace un acercamiento a diversas problemáticas relacionadas con la cultura en diferentes momentos de la historia. A pesar de que las temáticas abordadas son muy diferentes en todos los artículos aparece el problema de la tolerancia o intolerancia frente al otro. Ricardo Roque deja ver como, a finales del siglo XIX, cuando se comenzaba a definir el canon estético de nuestra literatura, se optó por dejar fuera aquello que estuviera relacionado con lo prehispánico, debido a que se consideró inadecuado para una sociedad entonces empeñada en seguir los modelos europeos. Esta decisión coadyuvó a la desvaloración del indígena y su herencia cultural.

Por su parte Patricia Alvarenga estudia los cambios que se dieron en las décadas de 1960 y 1990, cuando diferentes tendencias católicas convergen y compiten por lograr la hegemonía de las prácticas religiosas en las comunidades de indígenas y ladinos de Izalco y Nahuizalco. Este trabajo evidencia que los discursos y prácticas religiosas no pueden entenderse sin considerar las diferencias étnicas, ya que estas constituyen elemento clave de diferenciación social, que condicionan a su vez las particulares relaciones que a lo largo de la historia ha establecido la Iglesia con indígenas y ladinos de la zona.

Retomando el trágico periodo que antecedió a la guerra civil, Héctor Grenni hace un interesante análisis del diálogo entre Monseñor Oscar Arnulfo Romero y la realidad de la sociedad salvadoreña. El autor muestra cómo ese diálogo llevó a que el pastor católico hiciera una lectura de la “historia del presente” que estaba viviendo. Esos años evidencian un desplazamiento fatal hacia la intolerancia y la radicalidad contra las cuales luchó el prelado y que a la larga determinaron su asesinato, que vino a ser un parte aguas de nuestra historia. En una sociedad con una

religiosidad tan arraigada como la nuestra, la decisión de asesinar al más alto dignatario religioso, manifiesta la determinación de un grupo social de no detenerse ante nada con tal de imponerse. En tal sentido el asesinato de Monseñor Romero adquiere una dimensión simbólica.

Por último, Ricardo Ribera nos acerca a otro evento que ha marcado la historia, pero esta vez a nivel mundial: los atentados de Septiembre 11. Tenemos aquí una lectura “vivencial”, con reflexiones que el autor va elaborando a lo largo de los meses que siguieron a los atentados y que muestran como estos dan lugar a una polarización extrema de la política internacional y antiterrorista de los Estados Unidos. De nuevo aparece el fantasma de la guerra, que si bien se anuncia como una “cruzada” contra el terrorismo, termina con invasiones en contra de países cuyos gobiernos son acusados de colaborar con las redes terroristas, aunque nunca se puedan mostrar evidencias contundentes. La retórica del presidente George Bush, divide el mundo entre buenos y malos. Estos últimos son aquellos que en alguna manera disientan con los Estados Unidos, sin considerar que ninguna nación — por más poderosa que sea — puede atribuirse el derecho de imponer sus valores culturales a otros pueblos cuyas tradiciones son diferentes.

No obstante la diversidad temática, temporal y espacial de los artículos, hay un problema recurrente: comprender o rechazar al otro, ¿y quién es el otro? Puede ser la herencia cultural prehispánica que rechazaron los liberales finiseculares del XIX; puede ser los ladinos o los indígenas de Izalco y Nahuizalco cuyas diferencias étnicas permean incluso su universo religioso; puede ser Monseñor Romero, cuya insistencia en denunciar la represión irracional de que era víctima una parte de los salvadoreños, hizo que desde las sombras se le condenara a muerte. En fin, puede ser todo aquel que se muestre receloso del orden unipolar que una potencia pretende imponerle al mundo. En todo caso la pregunta está planteada: ¿Al reivindicar nuestras identidades o nuestros valores culturales, estamos dispuestos a aceptar a los otros?

Carlos Gregorio López Bernal  
Coordinador de la Licenciatura en Historia